

taban á la mesa, se les ponian toallas y bandejas con agua para que se lavasen, pues que la venerable ceremonia de la ablucion,¹ la practicaban escrupulosamente antes y despues de comer:² en seguida se ofrecia á los concurrentes tabaco ya mezclado en pipas con sustancias aromáticas, ó en forma de cigarros metidos en tubos de plata ó de concha de tortuga. Comprimian las ventanas de la nariz mientras que respiraban el humo, el cual se tragaban frecuentemente; no se dice si acaso las mujeres, que en la mesa se sentaban aparte de los hombres, disfrutaban tambien de la fragancia de esa yerba, como sucede hoy en las mejores concurrencias de México. Es

1 Tan antigua por lo menos como los tiempos héricos de la Grecia. Ya nos figuramos estar á la mesa de Penélope, donde se vaciaba la agua, de jarras de oro en vacijas de plata, antes de que comenzase la comida. Aquellas fiestas ofrecen algunos puntos de semejanza con las de los aztecas, y demuestran un mismo grado de civilizacion en ambos pueblos. Se admira uno, sin embargo, de ver mayor profusion de metales preciosos en la estéril isla de Itaca que en México; por la fantasía del poeta era una mina mas rica que Itaca y México.

2 Sahagun, op. cit., lib. 6, cap. 22.

Entre los excelentes consejos de un padre á su hijo, encontramos el rigorosísimo de no sentarse á la mesa hasta no haberse lavado las manos y la cara, y de no levantarse de aquella sino despues de haber hecho la misma operacion y limpiándose los dientes: estos consejos se daban con toda la minuciosidad propia de un asiático. «Al principio de la comida lavarte haz las manos y boca, y donde te juntares con otros á comer, no te sientes luego; mas antes tomarás el agua y la jícara para que se laven los otros, y echarles haz agua á las manos, y despues de esto, cogerás lo que se ha caido por el suelo y barrerás el lugar de la comida, y tambien despues de la comida lavarás te las manos y la boca, y limpiarás los dientes.» Ibid, loc. cit.

curioso que los aztecas hayan tomado la hoja seca del tabaco en la forma del rapé.¹

La mesa estaba bien provista de manjares sustanciosos, especialmente pavos, siendo notable entre ellos el pavo que equivocadamente se supone ser originario del Oriente;² los platillos de mas sustan-

1 Rel. d'un gent. huomo, en Ramusio, tom. III, fol. 306. Sahagun, op. cit. lib. IV, cap. 37. Torquemada, op. cit. lib. 13, cap. 23. Clavijero, op. cit. tom. II, pág. 227.

Los aztecas acostumbraban fumar despues de comer, para prepararse á la siesta que dormian con la misma invariabilidad de un castellano viejo. La palabra *tabaco*, en mexicano *yetl*, es el nombre que se da á esa planta en Haití. Como los naturales de la Española son los primeros con quienes trataron íntimamente los españoles, estos adoptaron los nombres que aquellos les daban á varias plantas de importancia. El tabaco bajo cualquiera forma que sea, es de un uso general entre las tribus de la América, desde la costa N. O., hasta la Patagonia. (Véase Mc. Cullah, Reserches, págs. 91, 94.) Sus multiplicadas propiedades tanto sociales como medicinales, han sido largamente encomiadas por el Dr. Hernandez, en su Historia Plantarum, lib. 2, cap. 109.

2 Esta hermosa ave fué traída de México á Europa: los españoles le llamaban *gallo-pavo* por su semejanza con el pavo real (V. Rel. d'un gent. huom en Ramusio, tom. III, fol. 306); tambien á Oviedo (Relacion sumaria, cap. 38,) el primer naturalista que poco tiempo despues de la conquista vió esta ave en las indias occidentales, adonde habia sido llevada, dice él, de la Nueva España. Algunos europeos olvidaron sin embargo, tan pronto su origen, que la llamaron *turkey*, indicando con esto la creencia vulgar de que procedia del Oriente. Varios naturalistas de peso han sostenido su origen asiático ú africano; pero estas opiniones no pueden prevalecer sobre la del sagaz y mejor instruido Buffon. (V. Histoire Naturell, article Dindon.) Los españoles encontraron al llegar á México, un número inmenso de pavos domesticados, porque allá se les usaba mas comunmente que ninguna otra volateria. En el estado salvaje se les encontró en los lugares poco frecuentados, no solo en Nueva España, sino en todo el continente, desde la parte N. O. de los Estados Unidos hasta Panamá. El pavo salvaje es mas grande, mas hermoso, y por

cia estaban mezclados con otros de frutas y legumbres, de que hay una variedad deliciosa en el continente norteamericano. Las viandas estaban preparadas de varias maneras, con salsas delicadas y sazones, á que eran muy afectos los mexicanos, y regalaban además el paladar con pasteles hechos de azucar y flor de maíz. Otro platillo harto desagradable se presentaba en el festin, especialmente cuando tenían un carácter religioso: en ocasiones semejantes se sacrificaba á un esclavo, y su carne exquisitamente preparada era uno de los principales manjares del banquete. El canibalismo convertido en ciencia epicúrea, es aun mas execrable que de cualquiera otra manera.¹

Los manjares se servian calientes en escalfadores; la mesa servida por criados numerosos, estaba adornada de vasos de plata ú oro, primosamente trabajados: las cucharas y copas eran de los mismos ricos

todos títulos una ave mas exquisita que el doméstico. Franklin, dice chanceándose y con cierto chiste, que merecia haber sido preferido al águila para emblema nacional. (Véanse sus obras, vol. X, pág. 63, de la excelente edicion de Sparks.) Pueden encontrarse noticias curiosas é interesantes sobre la historia y propiedades del pavo real, tanto en la ornitología de Bonnaparte, como en la del entususiasta admirador de la naturaleza, Audubon en la voz *Melleagris*, Gallopavo.

1 Sahagun op. cit., lib. 4, capítulo 37; lib. 8, cap. 13; lib. 9, caps. 10, 14. Torquemada, op. cit. lib. 13, cap. 23. Rel. d'un gent., en Ramusio, tom. III, fol. 306.

El padre Sahagun ha entrado en tantas menudencias acerca de la cocina de los aztecas y la manera de preparar varios platillos, que se le puede reputar como uno de los que han contribuido no poco al adelanto de la noble ciencia gastronómica.

metales y parecidas á una concha de tortuga. La bebida favorita era el chocolate mezclado con vainilla y diferentes especies que lo hacian mas sabroso, y su espuma se preparaba de manera que era casi sólida y se tomaba fria.¹ El sumo fermentado del maguey, mezclado con dulces y ácidos, formaba varios licores agradables de diferentes grados de fuerza, que eran la principal bebida de las personas de edad.²

Luego que acababa el banquete, los jóvenes se levantaban de la mesa, y daban fin á la fiesta de aquel dia con un baile. Danzaban graciosamente al son de varios instrumentos, y acompañando sus movimientos de cantos, que aunque agradables, tenían un tono sentido y melancólico.³ Los convidados ya

1 La espuma delicadamente preparada con especies y varios condimentos, se tomaba fria, tenia consistencia sólida, y el *Conquistador Anónimo* tiene gran cuidado de prevenir « que se abra la boca vacía para facilitar la deglusion de la espuma que se iba disolviendo poco á poco y descendia imperceptiblemente hasta el estómago. (Fol. 306.) Era tan nutritiva, que una sola taza bastaba para sustentar á un hombre durante todo un dia de camino. El soldado viejo habla de la bebida *con amore*.

2 Sahagun, op. cit., lib. 4, cap. 37; lib. 8, cap. 13. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. 23. Rel. d'un gent. huom., en Ramusio, t. III, fol. 306.

3 Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 7, cap. 8. Torquemada, op. lib. 14, cap. 11.

Los nobles mexicanos tenían en su palacio menestrales que componian canciones en que celebraban las proezas de su señor, y que cantaban en las fiestas al son de varios instrumentos. Era preciso que en tales fiestas se bailase mas ó menos, ó en el patio de los palacios ó en las plazas de la ciudad. (Ibid ubi supra.) Los magnates tenían tambien bufones y juglares que les divirtiesen; y los españoles se

ancianos, continuaban á la mesa conversando y bebiendo pulque, hasta que la virtud del licor embriagante les ponía de buen humor. En efecto, no era rara la embriaguez en los ancianos, y es cosa rara que se excusase en ellos y se castigase severamente en los jóvenes. La diversion acababa con una profusa distribucion de ricos vestidos y adornos que se hacia entre los huéspedes ya al retirarse hácia la media noche; sucediendo entonces que unos se iban á sus casas, como dice un antiguo escritor español, alabando la fiesta, y otros murmurando del mal gusto ó extravagancia del dueño de la casa, á la manera que sucede entre nosotros. Es que en efecto, el hombre es uno mismo en todo el mundo.¹

En esta notable descripcion de las costumbres, fielmente sacada de noticias escritas cuando estaba fresca la conquista, no encontramos nada semejante á lo que pasa entre las razas indianas de Norte América: en cuanto á la pompa y el lujo, se encuentra

quedaron admirados de ver su fuerza y su destreza. (Acosta, lib. 6, cap. 28. Clavijero, op. cit., t. 2º, págs. 179, 186.) Este refiere muchos de sus prodigios verdaderamente sorprendentes. Nada tiene de extraño que un pueblo atrasado en la civilizacion, se entregue mas á los placeres materiales que á los intelectuales, y por consiguiente que sobresalga en lo que mira á aquellos. Las naciones asiáticas, los chinos y los del Indostan por ejemplo, aventajan aun á las naciones mas cultas de Europa, en los juegos de agilidad y destreza.

1 «Y de esta manera pasaban gran rato de la noche, y se despedían é iban á sus casas, unos alabando la fiesta y otros murmurando de las demasias y excesos; cosa muy ordinaria en los que á semejantes actos se juntan.» Torquemada, Monarch. India, lib. 13, cap. 23. Sahagun, Hist. de Nuev. Esp., lib. 9, caps. 10, 14,

alguna semejanza con las costumbres asiáticas; pero en el Asia las mujeres, lejos de tratar libremente con los hombres, están á causa de los celos muy frecuentemente encerradas entre los muros del serrallo. Algunos de los usos brutales de los aztecas los alejan aun mas de los europeos, entre los cuales la civilizacion ha colocado á la mas bella porcion del género humano en el alto lugar que le corresponde en la escala social. Pero lo que es casi inconcebible, es cómo podian tales usos estar recibidos en un pueblo, por otra parte tan culto: á una sola explicacion se presta esa anomalía, y es de suponer que era el resultado de la supersticion religiosa, de esa supersticion que ofusca las percepciones morales, y pervierte el sentido natural hasta tal punto, que aun el hombre civilizado se reconcilia con lo que es mas opuesto á la naturaleza; razon por la que los hábitos fundados en la religion no pueden tenerse por pruebas concluyentes al juzgar de la cultura de un pueblo.

El carácter azteca es absolutamente original y único en su especie, y lo que principalmente lo constituye es su heterogeneidad y aun su incompatibilidad aparente; en efecto, él ofrece á la vez todas las peculiaridades propias de diversas naciones, no ya igualmente cultas, sino tan distantes una de otra, como los extremos de la ilustracion y la barbarie. Solo puede compararse exactamente á su cli-

ma maravilloso, capaz de producir en unas cuantas leguas cuadradas toda la infinita variedad de vegetales propios de los yermos del Norte, de la templada zona de Europa y del cielo abrasador de la Arabia.

Una de las obras que he consultado y á que me he referido frecuentemente en el curso de esta introduccion, es la idea de una nueva historia general de la América septentrional, por Boturini. Las raras persecuciones que tuvo que sufrir el autor, aun mas que el mérito intrínstico de su obra, han asociado inseparablemente su nombre á la historia literaria de México. El caballero Lorenzo Boturini Beneduci, era milanés de nacimiento; descendia de una familia, antigua y poseia vastos conocimientos. En 1735 pasó de Madrid, donde residian, á la Nueva-España, con asuntos de la condesa de Santibañez, descendientes de Moteuczoma. Estando desempeñando los visitó el famoso templo de Nuestra Señora de Guadalupe, y como era devoto y entusiasta, se propuso firmemente reunir todas las pruebas que condujesen á demostrar la maravillosa aparicion de aquella imágen.

En el curso de las excursiones que hizo con tal objeto, se encontró con algunos restos de las antigüedades aztecas, y concibió el designio (que á lo menos para un protestante debia ser mas importante que el primero) de reunir en un solo cuerpo todos los documentos capaces de hacer conocer la primitiva civilizacion del país: en prósecucion de este doble fin, se internó hasta las partes mas remotas de aquel, viviendo mucho tiempo con los naturales, pasando las noche algunas veces en sus chozas, otras en antros profundos ó en bosques solitarios; trascurriendo aun meses enteros sin que encontrase nada digno de agregar á su coleccion, porque los indios habian sufrido mucho de los europeos para no desconfiar de ellos. Mas su largo trato con los naturales le proporcionó bastantes coyunturas de aprender su lengua y tradiciones populares, y por último, de juntar gran cúmulo de materiales, que consistian en mapas geroglíficos hechos en algodón, pieles y telas de pita, y además en muchos manuscritos indios posteriores á la conquista. Agregábanse á todo esto los documentos relativos á la aparicion de la Virgen.

Con tan rico tesoro volvió á la capital despues de ocho años.

Su celo cristiano le indujo á solicitar de Roma una bula, autorizando la coronación de la sagrada imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, cuya bu-

la, aunque sancionada por la Audiencia de Nueva-España, no lo fué por el Consejo de Indias. En consecuencia de la falta de este requisito, se arrestó á Boturini, se le confiscaron sus papeles, y cuando comenzaba á hacer el inventario de ellos, le mandaron á un calabozo juntamente con dos criminales. Poco despues le llevaron á España, donde hizo una representacion al Consejo de Indias, quejándose de tantos agravios y pidiendo su reparacion. Al mismo tiempo trabajó su *Idea*, de que ya hemos hablado, en la cual expone el catálogo del *Museo* que habia dejado en Nueva-España, y en que con afectado entusiasmo declara "que no trocaria los tesoros de aquella coleccion ni por todo el oro, diamantes y perlas que encierra el Nuevo mundo."

Despues de algun tiempo de demora, el Consejo decretó en favor de Boturini: le absolvió de toda tentativa de violacion de las leyes, y por el contrario alabó altamente su propósito. Sin embargo, no se le devolvieron aquellos; pero S. M. se dignó nombrarle Historiador General de las Indias, con un sueldo anual de 1,000 pesos, demasiado corto por cierto para hacerle volver á México. Permaneció, pues, en Madrid, trabajando en acabar su *Historia General de la América Septentrional*, que quedó concluida en 1749.

Poco tiempo despues, y antes de que se publicase la obra, murió el autor. A sus herederos se les

trató con igual injusticia que á él, de modo que á pesar de varios decretos en su favor, nunca se les puso en posesion de la coleccion de Boturini, ni se les otorgó por ella indemnizacion alguna; y lo que es peor, á lo menos para el público, se puso la coleccion en los archivos del palacio vireinal de México, donde se miraron con tanto descuido, que los que no destruyó la humedad se los hurtaron los curiosos; de suerte que cuando el Baron de Humboldt visitó á México, ya no quedaba ni la octava parte de aquel valioso tesoro.

He entrado en todos estos pormenores acerca del desgraciado Boturini, porque su vida ofrece la mejor muestra de las persecuciones y obstáculos poderosos que ya por una causa ó por otra han tenido que soportar y que vencer en Nueva-España los que han impendido algunas labores literarias en estudiar las antigüedades nacionales.

La obra manuscrita de Boturini jamas se ha impreso, y si es que aun existe, probablemente jamas se imprimirá; aunque es cierto que esto no hará gran falta ni á la ciencia ni á la reputacion del autor. Era este uno de esos hombres entusiastas, amigos de lo maravilloso, y que carece de esa aguda sagacidad que se requiere para estudiar con provecho las confusas ruinas de la antigüedad, y de ese espíritu filosófico que tranquilamente pesa todas las dudas y dificultades. Sirva de comprobante su misma

Idea, que es un embrollado conjunto de noticias mal escogidas y mal compaginadas, de interesantes menudencias, de ilusiones falsas y fanáticas teorías. Pero no es justo aplicar todo el rigor de las reglas de la crítica á una obra trabajada con premura, á un simple catálogo de riqueza literaria y que el autor mismo presenta para dar á conocer, no lo que hizo, sino lo que debió hacer. Por otra parte, es raro encontrar reunidos en un mismo individuo el espíritu contemplativo y el talento de ejecución: Boturini estaba dotado por la naturaleza de todo entusiasmo y perseverancia necesarias para acumular los materiales que podían ilustrar las antigüedades del país; pero no tenía los tamaños que se requerían para poner manos á la obra.

CAPÍTULO VI.

Tezcucanos. — Su edad de oro. — Príncipes excelentes. — Declinacion de su monarquía.

El lector solo tendría nociones imperfectas de la civilización del Anáhuac, si nada supiese sobre los tezcucanos ó acolhuas, nación perteneciente á la misma gran familia de los aztecas, sus rivales en poder, y muy superiores á ellos en cultura intelectual y en organización política. Afortunadamente que contamos para ello con los recuerdos que nos dejó Ixtlilxochitl, descendiente directo de la familia real de Tezcuco, y que vivió en el siglo mismo de la conquista: reunía á las grandes oportunidades de recoger noticias, talento y actividad; y si bien su narración deja traslucir las pretensiones de quien quisiera revivir las ofuscadas glorias de una antigua y arruinada familia, es recomendado unánimemente por